

# El indio triste

[Poema - Texto completo.]

Juan de Dios Peza

*Leyenda mexicana*

---

Es media noche; la luna  
irradia en el firmamento;  
y riza al pasar el viento  
las ondas de la laguna.

En el bosque secular,  
y entre el tupido ramaje,  
turba el pájaro salvaje  
la quietud con su cantar.

Y entre los contornos vagos  
del horizonte, a lo lejos  
brillan cual claros espejos,  
al pie del monte, los lagos.

Yace en paz, sola y rendida  
de Tenoch la ciudad bella,  
parece que impera en ella  
la muerte más que la vida.

Y no es ficción, es verdad;  
que fue tan triste su suerte  
que la orillan a la muerte  
el luto y la soledad.  
Su esplendor está apagado  
de la guerra al terremoto;  
el gran huebuetl está roto  
y el teponaxtle callado.

No alumbra el teocal, la luz  
del copal de suave aroma,  
porque el teocal se desploma  
bajo el peso de la cruz.

No cubren mantos de pluma

los cuerpos de altivos reyes;  
tiene otro Dios y otras leyes  
la tierra de Moctezuma.

Y ante este Dios y esta ley  
que transforman su recinto  
sólo al César Carlos Quinto  
reconoce como rey.

¡Cuántos heroicos afanes!  
¡Cuántos horribles estragos  
han visto bosques y lagos,  
ventisqueros y volcanes!

Está el palacio vacío  
sin pompas ni ricas galas;  
desiertas se ven sus salas  
su exterior mudo y sombrío.

Y zumba en su derredor  
del viento la aguda queja,  
como un suspiro que deja  
honda impresión de dolor.

Es el profundo lamento  
de una raza sin fortuna:  
¡la sangre que en la laguna  
flota y se queja en el viento!

Por eso duerme rendida  
de Tenoch la ciudad bella,  
como si imperase en ella  
la muerte más que la vida.

## II

Frente a la anchurosa plaza,  
cerca del teocal sagrado  
y del palacio olvidado  
que pronta ruina amenaza,

donde con riqueza suma  
viviera, en tiempo mejor,  
Axayacatl el señor  
y padre de Moctezuma,

en corta y estrecha calle  
desde la cual, el que pasa  
mira fabricar la casa  
del alto marqués del Valle.

Así en la noche sombría  
como en la tarde callada  
y al fulgor de la alborada  
con que nace el nuevo día,

en toscas piedras sentado  
y con harapos vestido,  
entre las manos hundido  
el semblante demacrado;

un hombre de aspecto rudo,  
imagen de desventura,  
siempre en la misma postura,  
y como una estatua muda,

inclinada la cabeza,  
allí lo encuentra la gente,  
como la expresión viviente  
de la más honda tristeza.

¿En qué piensa? ¿Qué medita?  
¿Qué dolor su alma destroza  
que ni llora, ni solloza,  
ni se queja, ni se agita?

En su conjunto reviste  
tanta tristeza ignorada,  
que la gente acostumbrada  
clama al verlo: “¡el indio triste!”

Le conocen por tal nombre  
en el pueblo y la nobleza,  
y dicen: es la tristeza  
que tiene formas de hombre.

A nadie llegó a contar  
su tenaz dolor profundo;  
siempre triste lo vio el mundo  
en aquel mismo lugar;

tal vez fue algún descendiente  
de los nobles mejicanos,  
que al ver en extrañas manos  
y en poder de extraña gente

la nación que libre un día  
vivió con riqueza y calma  
sintió en el fondo del alma  
horrible melancolía.

Y sin ninguna amenaza,

viendo a su nación cautiva,  
fue la expresión muda y viva  
de la aflicción de su raza.

Muchos años se le vio  
en igual sitio sentado,  
y allí pobre y resignado  
de su tristeza murió.

Su desconocida historia  
al vulgo pasma y arredra,  
y en tosca estatua de piedra  
honrar quiso su memoria.

La estatua al cabo cayó,  
que al tiempo nada resiste,  
y “Calle del Indio Triste”  
esa calle se llamó,

sin poder averiguar  
con ciencia ni sutileza  
la causa de la tristeza  
del indio de aquel lugar;

pero en nuestro hermoso valle,  
y en nuestra mejor ciudad,  
pasan de edad en edad  
ese nombre y esa calle.